

honra de merecer la confianza de Quintanar había llenado de vanidad, no había podido resistir la tentación de dejar *transparentarse* su secreto. Ello era que en todo Vetusta no se hablaba de otra cosa.

El Gobernador decía en su casa que no se le hablase de aquello, que su deber de autoridad estaba en abierta contradicción con su deber de caballero, que debía tener oídos de mercader, ojos de topo, y los tendría...

Pasó aquel día, y pasó el siguiente y no se sabía nada.

—¿Era *una papa* lo del duelo?—preguntaba Foja en el Casino.

Y entonces reventó Joaquinito Orgaz, que lo sabía todo por el Marquesito.

—No, no era broma; la cosa iba de veras. Duelo á muerte.

Pero los padrinos se habían portado mal, eran torpes, á pesar de las ínfulas del coronel Fulgosio que decía tener el código del honor en la punta de los dedos: no parecían armas. Se había hablado del sable primero; pero no parecían sables de desafío; no había en Vetusta sables así, ó no querían darlos los que los tenían. Se había recurrido á la pistola... y tampoco parecían pistolas á propósito. «Yo creo—añadía Joaquinito, y Paco cree lo mismo, que esto es inverosímil y que Frigilis quiere dar largas al asunto á ver si convence á Mesía y lo hace marcharse de Vetusta.

—¡Qué indignidad!—gritó Foja.

—Pues esa había sido la primera solución. La misma noche del día en que, al parecer (esto se cuenta por lo menos) don Víctor descubrió su deshonor, Frigilis fué á ver á Mesía y le suplicó que saliera del pueblo cuanto antes. Mesía se lo contó *ce por be* á Paco.

—Bueno, ¿y qué más?

—Nada, que Mesía, como era natural, se opuso; dijo que Quintanar y todo Vetusta podían atribuir á miedo su ausencia.—Pero Frigilis, que tiene cierta influencia sobre don Alvaro, le obligó á darle palabra de honor de que al día siguiente tomaría el tren de Madrid. Parece ser que Quintanar tuvo en sus manos la vida de Alvaro; que pudo matarle de un tiro y no le mató. Y Frigilis invocaba esto y los derechos del marido ultrajado para obligar á Mesía á huir. «Eso no es cobardía—dice que le dijo—eso es hacerse justicia á sí mismo, Vd. merece la muerte por su traición y yo le conmutó la pena por el destierro.

—¿Eso dijo Crespo?

—Eso.

—Miren Frigilis!

—Tiene mucha confianza con Alvaro, que le respeta mucho.

—Bueno, ¿y qué más?

—Nada, que Alvaro dió palabra. Pero al día siguiente, ayer por la mañana, cuando estaba ya nuestro don Juan haciendo el equipaje para largarse, se le presentaron Frigilis y Ronzal en són de desafío. Parece ser que muy temprano don Víctor llamó á Frigilis y le obligó á buscar á Trabuco para ir juntos á desafiar al burlador; Frigilis no tuvo más remedio que obedecer, porque al saber Quintanar que el otro pensaba escapar, amenazó con seguirle al fin del mundo y llamarle cobarde en los periódicos, en la calle... Estaba furioso.

—¡Claro, las comedias!

—Ello es, que Frigilis tuvo que devolver á Alvaro la promesa de huir y mandarle buscar padrinos.

—¿Y Mesía?

—Es claro; dejó el viaje y buscó padrinos; querían que yo fuese uno (mentira) pero después... como yo soy muy amigo de ambos... en fin, se buscó otros... y no parecían... Sólo Fulgosio, que siempre se pres-

ta á tales enredos... y Bedoya, que al fin es militar...

En general, Joaquinito estaba bien enterado. Mesía se lo había dicho todo al Marquesito que había ido á verle á la fonda.

Lo que no le había dicho era que él tenía mucho miedo; que así como se alegraba de ver rotas aquellas relaciones que iban á acabar con la poca salud que le quedaba y á dejarle en ridículo á los mismos ojos de Ana, le horrorizaba la idea de verse frente á frente de don Víctor con una espada ó una pistola en la mano.

La proposición primera de Frígilis la aceptó inmediatamente.

«¡Era natural! Debía huir, ¿con qué derecho iba él á procurar la muerte del hombre que le había perdonado la vida aquella mañana y á quien él había robado la honra? Huiría; al día siguiente, sin falta tomaría el tren.»

Ya lo esperaba Frígilis que sabía á qué atenerse respecto del valor de Alvaro.

Como que había sido testigo de aquel duelo misterioso, á que aludían los socios del Casino. Don Alvaro, por culpa de una mujer, había sido retado á singular combate por un forastero; todos los padrinos eran de la guarnición menos Frígilis, único vetustense que presenciò el lance. El duelo era á sable, en el Montico, en una arboleda, de tarde, cerca del oscurecer. Mesía y su adversario estaban en mangas de camisa (se acordaba Frígilis como si hubiese sido el día anterior), estaban en mangas de camisa, sable en mano... ambos pálidos y temblando de frío y de miedo. El cielo encapotado amenazaba desplomarse en torrentes de lluvia. Los dos *combatientes* miraban á las nubes. Frígilis comprendió lo que deseaban. Comenzó la lid soltera y al primer choque de los aceros estalló un trueno y empezaron á caer gotas como puños. Me-

sía y su adversario temblaban como las ramas de los árboles que batía el viento... Tan grande fué el champarrón que los padrinos suspendieron el duelo... que no se continuó. «No habían ido á batirse contra los elementos.» Mesía quedó incólume y Crespo implícitamente le dió seguridades de que guardaría el secreto de aquel trance ridículo y de la cobardía del Tenorio vetustense.

Recordando todo esto, Frígilis trató como un zapato á Mesía aquella noche memorable en que le intimó la huida. Pero—decía bien Joaquín Orgaz—al día siguiente tuvo que devolver su palabra á don Alvaro. Ya no debía huir. Quintanar se empeñaba en batirse; era aragonés y no cejaría.

«No sé quién me le ha cambiado. Anoche parecía resuelto ó poco menos á una solución pacífica, se contentaba con que Vd. desapareciera; y hoy, cuando fui á verle me encontré al señor de Ronzal, que está presente, al lado del lecho de mi amigo.

Ronzal saludó.

Mesía se había puesto muy pálido. Estaba metiendo ropa blanca en un mundo y suspendió la tarea.

—De modo que...

—Que tiene Vd. que buscar padrinos.

Á Frígilis le había disgustado que don Víctor, sin consultar con él, hubiese llamado á Ronzal. Quintanar creía en la energía del diputado por Pernueces y sabía que no estimaba á don Alvaro. Según el ex-magistrado, era un buen padrino. Error, según Frígilis.

Lo peor fué que no hubo modo de disuadir á Quintanar.

«¿Ni un día se ha de aplazar esto! Ya que mi deshonra es pública, que la reparación lo sea, y además terrible y rápida.

«Pero si tienes fiebre, si estás malo...»

«No importa. Mejor. Si Vds. no van á desafiar á ese

hombre, me levanto y busco yo mismo otros padrinos.

No hubo más remedio.

Mesía, á regañadientes, y ocultando el pavor como podía, buscó sus dos padrinos.

Se convino que el duelo fuese á sable. Pero no parecían sables útiles. Además, surgieron dificultades sobre ciertos pormenores. Y así pasó un día.

Al siguiente por la mañana se acordó que se batieran á pistola.

Don Víctor formó entonces su plan. Se alegró de que fuese el duelo á pistola.

Pero tampoco parecían pistolas de desafío.

Y pasó otro día.

Don Víctor se levantó al siguiente después de pasar setenta horas en la cama, con fiebre un día entero, impaciente á ratos, angustiado otros, y siempre disimulando en presencia de Ana, que le cuidaba solícita.

Durante aquellas largas horas de cama, con la debilidad que sucedió á la calentura vinieron accesos de melancolía, y meditaciones filosófico-religiosas. Don Víctor sintió que el ánimo aflojaba, no por amor á la vida propia, que no creía en gran peligro ante don Alvaro, sino por miedo á los remordimientos. Cuando supo lo de las pistolas, resolvió no matar á su contrario. «Le dejaría cojo. Tiraría á las piernas. El otro no era probable que le hiriese á él tirando á veinte pasos; tendría que ser por una casualidad.»

Sin que Ana sospechase nada, porque Mesía había cumplido su palabra, dada á Frígilis, de despedirse por escrito para un viaje electoral, urgentísimo y breve; sin que Ana sospechase por lo menos que se trataba de la vida ó la muerte de su esposo y de su amante, salió de casa don Víctor por la puerta del Parque acompañado de Frígilis, á la hora en que solían ir de caza.

En la calleja de Traslacerca les esperaba Ronzal. La

mañana estaba fría y la helada sobre la hierba imitaba una somera nevada.

En la carretera de Santianes les esperaba un coche; dentro de él estaba Benítez, el médico de Ana. Al verle don Víctor palideció, pero en nada más se pudo notar su emoción.

Llegaron, sin hablar apenas durante el viaje, á las tapias del Vivero. Se apearon, y rodeando la quinta del Marqués, entraron en el bosque de robles donde meses antes don Víctor había buscado á su mujer ayudado del Magistral. «¡ Cuantas cosas se explicaba ahora que no había comprendido entonces! No importaba; la verdad era que del furor que en su corazón había hecho estragos después de la visita nocturna de don Fermín, ya no quedaban más que restos apagados: ya no aborrecía á don Alvaro, ya no se figuraba imposible la vida mientras no muriese aquel hombre: la filosofía y la religión triunfaban en el ánimo de don Víctor. Estaba decidido á no matar.

Llegaron á lo más alto del bosque; allí había una meseta, y en un claro sitio suficiente para medir más de treinta pasos. Las últimas condiciones del duelo eran estas: veinticinco pasos pudiendo avanzar cinco cada cual. Valía apuntar en los intervalos de las palmadas que habían de ser muy breves. Lo cierto era que Fulgosio, el coronel, nunca había presenciado un duelo á pistola, aunque él aseguraba haber asistido á muchos, y Ronzal y Bedoya en su vida habían intervenido en semejantes negocios. Frígilis sólo había visto el duelo frustrado de Mesía. Aquellas condiciones las había copiado el coronel de una novela francesa que le había prestado Bedoya. Lo único original allí era que Fulgosio juraba que su honor de soldado no le permitía autorizar un simulacro de desafío, y que el duelo á pistola y á tal distancia y á la voz de mando sin apuntar y entre dos *primerizos*, pues pri-

merizo era también Mesía á pistola, sería la carabina de Ambrosio.

Bedoya pensó que don Víctor era buen tirador, pero no se atrevió á presentar objeciones á su colega. La parte contraria tampoco tuvo nada qué decir.

Cuando llegaron á la meseta, lugar del duelo, don Víctor y los suyos encontraron solo el terreno. Quince minutos después aparecieron entre los árboles desnudos don Alvaro y sus padrinos, más el señor don Robustiano Somoza. Mesía estaba hermoso con su palidez mate, y su traje negro cerrado, elegante y pulquérrimo.

A don Víctor se le saltaron las lágrimas al ver á su enemigo. En aquel instante hubiera gritado de buena gana: perdonó! perdonó!... como Jesús en la cruz. Quintanar no tenía miedo, pero desfallecía de tristeza; «¡qué amarga era la ironía de la suerte! Él, él iba á disparar sobre aquel guapo mozo que hubiera hecho feliz á Anita, si diez años antes la hubiera enamorado! Y él... él, Quintanar, estaría á estas horas tranquilo en el Tribunal Supremo ó en La Almunia de don Godino!... Todo aquello de matarse era absurdo... Pero no había remedio. La prueba era que ya le llamaban, ya le ponían la pistola fría en la mano...»

Frigilis, sereno, por dignidad, pero temiendo una casualidad, la de que Mesía tuviera valor para disparar y, por casualidad también, herir á Víctor, Frigilis apretó la mano á Quintanar al dejarle en su puesto de honor.

Y se separaron testigos y médicos á buena distancia, porque todos temían *una bala perdida*.

Don Alvaro pensó en Dios sin querer. Esta idea aumentó su pavor; recordó que aquella piedad sólo le acudía en las enfermedades graves, en la soledad de su lecho de solterón...

Frigilis estaba asustado del valor de aquel hombre.



Mesía mismo se explicaba mal cómo había llegado hasta allí.

Pensando en esto, y mientras apuntaba á don Víctor, sin verle, sin ver nada, sin fuerza para apretar el gatillo, oyó tres palmadas rápidas y enseguida una detonación. La bala de Quintanar quemó el pantalón ajustado del petimetre.

Mesía sintió de repente una fuerza extraña en el corazón; era robusto, la sangre bulló dentro con energía. El instinto de conservación despertó con ímpetu. «Había que defenderse. Si el otro volvía á disparar iba á matarle; era don Víctor, el gran cazador!»

Mesía avanzó cinco pasos y apuntó. En aquel instante se sintió tan bravo como cualquiera. ¡Era la co-razonada! El pulso estaba firme; creía tener la cabeza de don Víctor apoyada en la boca de su pistola; suavemente oprimió el gatillo frío y... creyó que se le había escapado el tiro. «No, no había sido él quien había disparado, había sido la *corazonada*.»

Ello era que don Víctor Quintanar se arrastraba sobre la yerba cubierta de escarcha, y mordía la tierra.

La bala de Mesía le había entrado en la vejiga, que estaba llena.

Esto lo supieron poco después los médicos, en la casa nueva del Vivero, á donde se trasladó, como se pudo, el cuerpo inerte del digno magistrado. Yacía don Víctor en la misma cama donde meses antes había dormido con el dulce sueño de los niños.

Al rededor del lecho estaban los dos médicos, Frigilis, que tenía lágrimas heladas en los ojos, Ronzal, estupefacto, y el coronel Fulgosio lleno de remordimientos. Bedoya había acompañado á Mesía, que pocas horas después tomaba el tren de Madrid, tres días más tarde de lo que Frigilis había pensado.

Pepe, el casero de los marqueses, con la boca abierta, en pié, pasmado y triste, esperaba órdenes en la habitación contigua á la del moribundo. Vió salir á Frigilis que enseñaba los puños al cielo, creyéndose solo.

—¿Qué hay, señor? ¿Cómo está ese bendito del Señor?...

Frigilis miró á Pepe como si no le conociera; y como hablando consigo mismo dijo:

—La vejiga llena... La peritonitis de... no sé quién... Eso dicen ellos.

—¿La qué, señor?

—Nada... ¡que se muere de fijo!...

Y Frigilis entró en un gabinete, que estaba á oscuras, para llorar á solas.

Poco después Pepe vió salir al coronel Fulgosio y detrás á Somoza el médico.

—¿Y trasladarle á Vetusta?...— decía el militar.

—¡Imposible! ¡Ni soñarlo! ¿Y para qué? Morirá esta tarde de fijo.

Somoza solía equivocarse, anticipando la muerte á sus enfermos.

Esta vez se equivocó dándole á don Víctor más tiempo de vida del que le otorgó la bala de don Alvaro.

Murió Quintanar á las once de la mañana.

.....
El mes de Mayo fué digno de su nombre aquel año en Vetusta. ¡Cosa rara!

Las nubes eternas del Corfin habían vertido todos sus humores en Marzo y en Abril. Los vetustenses salían á la calle como el cuervo de Noé pudo salir del arca, y todos se explicaban que no hubiera vuelto. Después de dos meses pasados debajo del agua, ¡era tan dulce ver el cielo azul, respirar aire y pasearse por prados verdes cubiertos de belloritas que parecen chispas del sol!

Toda Vetusta paseaba.

Pero Frigilis no pudo conseguir que Ana pusiera el pié en la calle.

—Pero, hija mía, esto es un suicidio. Ya sabe Vd. lo que ha dicho Benítez, que es indispensable el ejercicio, que esos nervios no se callarán mientras no se los saque á tomar el aire, á ver el sol... vamos, Anita, por Dios, sea Vd. razonable... tenga Vd. caridad... consigo misma. Saldremos muy temprano, al amanecer si Vd. quiere; ¡está el Paseo grande tan hermoso á tales horas! Ó sino al oscurecer, á tomar el fresco, por una carretera... Por Dios, hija, va Vd. á enfermar otra vez.

—No, no salgo...—y Ana movía la cabeza como los ciegos.—Por Dios, don Tomás, no me atormenten, no me atormenten con ese empeño... Ya saldré más adelante... no sé cuándo. Ahora me horroriza la idea de la calle... ¡Oh, no, por Dios... no! por Dios me dejen.

Y juntaba las manos y se exaltaba; y Frígilis tenía que callar.—

Ocho días había estado Ana entre la vida y la muerte, un mes entero en el lecho sin salir del peligro, dos meses convaleciente, padeciendo ataques nerviosos de formas extrañas, que á ella misma le parecían enfermedades nuevas cada vez.

Frígilis había dicho á la Regenta que Quintanar estaba herido allá en las marismas de Palomares, que se le había disparado la escopeta y... Pero Ana, espantada, adivinando la verdad, había exigido que se la llevase á las marismas de Palomares inmediatamente...

—«No podía ser, no había tren hasta el día siguiente...»

—«Pues un coche, un coche... Se me engaña; si eso fuera cierto, Vd. estaría al lado de Víctor...»

Frígilis explicó su presencia lo menos mal que pudo.

Las mentiras piadosas fueron inútiles; Ana se dispuso á salir sola, á correr en busca de su Víctor... Hubo que decirle una verdad; la muerte de su esposo. Quiso verle muerto, pero no pudo moverse; cayó sin sentido y despertó en el lecho. Dos días creyó Frígilis tenerla engañada, atribuyendo la desgracia á un accidente de la caza. Pero Ana creía la verdad, no lo que le decían; la ausencia de Mesía y la muerte de Víctor se lo explicaron todo.

Y una tarde, á los tres días de la catástrofe, en ausencia de Frígilis, Anselmo entregó á su ama una carta en que don Alvaro explicaba desde Madrid su desaparición y su silencio.

Cuando Crespo, al oscurecer, entró en la alcoba de Ana, la llamó en vano dos, tres veces... Pidió luz asustado y vió á su amiga como muerta, supina, y sobre el embozo de la cama el pliego perfumado de Mesía.

Y poco después, mientras Benítez traía á la vida con antiespasmódicos á la Regenta y recetaba nuevas medicinas para combatir peligros nuevos, complicaciones del sistema nervioso, Frígilis en el tocador leía la carta del que siempre llamaba ya para sus adentros cobarde asesino; y después de leer el papel asqueroso, lo arrugaba entre sus puños de labrador y decía con voz ronca:

—¡Idiota! ¡infame! ¡grosero! ¡idiota!

Don Alvaro en aquel papel que olía á mujerzuela, hablaba con frases románticas é incorrectas de su crimen, de la muerte de Quintanar, de la *ceguera de la pasión*. «Había huido porque...»

—¡Porque tuviste miedo á la justicia, y á mí también, cobarde!—se dijo Frígilis.

«Había huido porque el remordimiento le arrastró lejos de *ella*... Pero que el amor le mandaba volver. ¿Volvió? ¿Creía Ana que debía volver? ¿Ó que debían juntarse en otra parte, en Madrid por ejemplo?» Todo era falso, frío, necio, en aquel papel escrito por un egoísta incapaz de amar de veras á los demás, y no menos inepto para saber ser digno en las circunstancias en que la suerte y sus crímenes le habían puesto.

Ana, que no había podido terminar la lectura de la carta, que había caído sobre la almohada como muerta en cuanto vió en aquellos renglones fangosos la confirmación terminante de sus sospechas, no pudo por entonces pensar en la pequeñez de aquel espíritu miserable que albergaba el cuerpo gallardo que ella había creído amar de veras, del que sus sentidos habían estado realmente enamorados á su modo. No, en esto no pensó la Regenta hasta mucho más tarde.

En el delirio de la enfermedad grave y larga que Benítez combatió desesperado, lo que atormentaba el cerebro de Ana era el remordimiento mezclado con los disparates plásticos de la fiebre.

Otra vez tuvo miedo á morir, otra vez tuvo el pánico de la locura, la horrorosa aprensión de perder el juicio y conocerlo ella; y otra vez este terror superior á todo espanto, la hizo procurar el reposo y seguir las prescripciones de aquel médico frío, siempre fiel, siempre atento, siempre inteligente.

Días enteros estuvo sin pensar en su adulterio ni en Quintanar; pero esto fué al principio de la mejoría; cuando el cuerpo débil volvió á sentir el amor de la vida; á la que se agarraba como un náufrago cansado de luchar con el oleaje de la muerte oscura y amarga.

Con el alimento y la nueva fuerza reapareció el fantasma del crimen. ¡Oh, qué evidente era el mal! Ella estaba condenada. Esto era claro como la luz. Pero á ratos, meditando, pensando en su delito, en su doble delito, en la muerte de Quintanar sobre todo, al remordimiento, que era una cosa sólida en la conciencia, un mal palpable, una desesperación definida, evidente, se mezclaba, como una niebla que pasa delante de un cuerpo, un vago terror más temible que el infierno, el terror de la locura, la aprensión de perder el juicio; Ana dejaba de ver tan claro su crimen; no sabía quién, discutía dentro de ella, inventaba sofismas sin contestación, que no aliviaban el dolor del remordimiento, pero hacían dudar de todo, de que hubiera justicia, crímenes, piedad, Dios, lógica, alma... Ana. «No, no hay nada, decía aquel tormento del cerebro; no hay más que un juego de dolores, un choque de contrasentidos que pueden hacer que padezcas infinitamente; no hay razón para que tenga límites esta tortura del espíritu, que duda de todo, de sí mismo también, pero no del dolor que es lo único que

llega al que dentro de ti siente, que no se sabe cómo es ni lo qué es, pero que padece, pues padeces.»

Estas logomaquias de la voz interior, para la enferma eran claras, porque no hablaba así en sus adentros sino en vista de lo que experimentaba; todo esto lo pensaba porque lo observaba dentro de sí: llegaba á no creer más que en su dolor.

Y era como un consuelo, como respirar aire puro, sentir tierra bajo los piés, volver á la luz, el salir de este caos doloroso y volver á la evidencia de la vida, de la lógica, del orden y la consistencia del mundo; aunque fuera para volver á encontrar el recuerdo de un adulterio infame y de un marido burlado, herido por la bala de un miserable cobarde que huía de un muerto y no había huído del crimen.

Y este mismo placer, esta complacencia egoísta, que ella no podía evitar, que la sentía aún repugnándole sentirla, era nuevo remordimiento.

Se sorprendía sintiendo un bienestar confuso cuando funcionaba en ella la lógica regularmente y creía en las leyes morales y se veía criminal, claramente criminal, según principios que su razón acataba. Esto era horrible, pero al fin era vivir en tierra firme, no sobre la masa enferma movediza de disparates del capricho intelectual, no en una especie de *terremoto* interior que era lo peor que podía traer la sensación al cerebro.

Ana explicó todo esto á Benítez como pudo, eludiendo el referirse á sus remordimientos.

Pero él comprendió lo que decía y lo que callaba y declaró que el principal deber por entonces era librarse del peligro de la muerte.

—¿Quiere Vd. un suicidio?

—Oh, no, eso no!

—Pues si no hemos de suicidarnos, tenemos que cuidar el cuerpo, y la salud del cuerpo exige otra vez...

todo lo contrario de lo que Vd. hace. Vd., señora, cree que es deber suyo atormentarse recordando, amando lo que fué... y aborreciendo lo que no debió haber sido.... Todo esto sería muy bueno si Vd. tuviera fuerzas para soportar ese teje maneje del pensamiento. No las tiene Vd. Olvido, paz, silencio interior, conversación con el mundo, con la primavera que empieza y que viene á ayudarnos á vivir... Yo le prometo á usted que el día en que la vea fuera de todo cuidado, sana y salva, le diré, si Vd. quiere: Anita, ahora ya tiene Vd. bastante salud para empezar á darse tormento á sí misma.

Y Frigilis hablaba en el mismo sentido.

Y nadie más hablaba, porque Anselmo apenas sabía hablar, Servanda iba y venía como una estatua de movimiento... y los demás vetustenses no entraban en el caserón de los Ozores después de la muerte de don Víctor.

No entraban. Vetusta la noble estaba escandalizada, horrorizada. Unos á otros, con cara de hipócrita compunción, se ocultaban los buenos vetustenses el íntimo placer que les causaba *aquel gran escándalo que era como una novela*, algo que interrumpía la monotonía eterna de la ciudad triste. Pero ostensiblemente pocos se alegraban de lo ocurrido. ¡Era un escándalo! Un adulterio descubierto! Un duelo! Un marido, un ex-regente de Audiencia, muerto de un pistoletazo en la vejiga! En Vetusta, ni aun en los días de revolución había habido tiros. No había costado á nadie un cartucho la conquista de los derechos inalienables del hombre. Aquel tiro de Mesía, del que tenía la culpa la *Regenta*, rompía la tradición pacífica del crimen silencioso, morigerado y precavido. «Ya se sabía que muchas damas principales de la Encimada y de la Colonia engañaban ó habían engañado ó estaban á punto de engañar á su respectivo esposo, ¡pero no á tiros!

La envidia que hasta allí se había disfrazado de admiración, salió á la calle con toda la amarillez de sus carnes. Y resultó que envidiaban en secreto la hermosura y la fama de virtuosa de la Regenta no sólo Visitación Olias de Cuervo y Obdulia Fandiño y la baronesa de la *Deuda Flotante*, sino también la Gobernadora, y la de Páez y la señora de Carraspique y la de Rianzares ó sea el Gran Constantino, y las criadas de la Marquesa y toda la aristocracia, y toda la clase media y hasta las mujeres del pueblo... y ¡quién lo dijera! la Marquesa misma, aquella doña Rufina tan liberal, que con tanta magnanimidad se absolvía á sí misma de las *ligerezas* de la juventud... y otras!

Hablaban mal de Ana Ozores todas las mujeres de Vetusta, y hasta la envidiaban y despellejaban muchos hombres con alma como la de aquellas mujeres. Gloucester en el Cabildo, don Custodio á su lado, hablaban de escándalo, de hipocresía, de perversión, de extravíos babilónicos; y en el Casino, Ronzal, Foja, los Orgaz echaban lodo con las dos manos sobre la honra difunta de aquella pobre viuda encerrada entre cuatro paredes.

Obdulia Fandiño, pocas horas después de saberse en el pueblo la catástrofe, había salido á la calle con su sombrero más grande y su vestido más apretado á las piernas y sus faldas más crugientes, á tomar el aire de la maledicencia, á olfatear el escándalo, á saborear el dejo del crimen que pasaba de boca en boca como una golosina que lamían todos, disimulando el placer de aquella dulzura pegajosa.

«¿Ven Vds.? decían las miradas triunfantes de la Fandiño. Todas somos iguales.»

Y sus labios decían:

—¡Pobre Ana! Perdida sin remedio! ¿Con qué cara se ha de presentar en público? Como era tan romántica! Hasta una cosa... como esa, tuvo que salirle á